

más cerca, para que le administrara los auxilios espirituales; y sólo pudo olearla, porque confesarla no era posible: su lengua estaba pegada al paladar: el órgano de la voz no existía: el sér humano debía morir!

Incliné la cabeza, anonadado, sin sentimiento, y permanecí de este modo por muchas horas. El sueño ejerce en mí una tiranía tan completa, que raras veces le han ahuyentado de mis párpados ó el placer ó el dolor. Tal vez se creará que me visita el sueño por falta de profundidad en estos sentimientos... ¡Ojalá que así fuese, porque sería menos desgraciado! Considero más bien que el sueño es una enfermedad en mí; pero me he conforjado, he capitulado con él: me arrojé en su regazo cuando me hiere la suerte, y no me presenta imágenes que agraven mis dolencias: gozo de un olvido completo, de la tranquilidad del no sér. Así, en esta noche angustiada, no me visitaron sueños algunos: solamente á la madrugada me pintó la imaginación amaneciendo un día triste y nublado; la criada llegando á mi presencia y diciéndome, al señalar el cielo, que había muerto María. Me eché á llorar, y me despertó mi llanto: comenzaba á entrar la luz por las rendijas: me vestí, quise bajar al momen-

to, y me acometieron bascas terribles; apoyándome contra las paredes, salí al fin, porque aquel estado de incertidumbre me mataba.

El día estaba frío y nebuloso: así, pues, una parte de mis sueños comenzaba á realizarse: cuando abrí la puerta exterior, ya la criada estaba esperando en la calle: le pregunté con voz incierta por María, y no me contestaba.—¿Ya es muerta?—volví á preguntar.—“Sí; ya es muerta.”

Entonces sentí que se me despedazaba el corazón; después comencé á sollozar; pero el dolor me ahogaba: al fin vino el llanto á mis ojos, y prorrumpí en gritos. ¿Por qué es tan cruel la memoria? En un instante pasó ante mis ojos mi inclinación naciente, la belleza de María; luego, mi adoración profunda, las pruebas de amor que ella me dió en los días posteriores: mi felicidad pasada, mi estado presente, mi suerte injusta sí, muy injusta! Corrí á echarme en los brazos de mi padre, le referí mi amor á María, su muerte.—“No llores.—me dijo, estrechándome contra su corazón;—estaba destinada para el cielo.” Mis hermanas cercábanme, alarmadas por el exceso de mi dolor. ¡Cómo se conmovió con este espectáculo el corazón de una madre ame-

rosa! Me retiré á mi cuarto, y durante dos ó tres días no tuve facultad para reflexionar sobre mi destino: el llanto fue mi ocupación exclusiva.

---

XXXIII

Cuando al saber la fatal noticia me asomé á la puerta y miré hacia la casa de María, vi abierto el balcón de su recámara, que había estado cuidadosamente cerrado en los días de su enfermedad. ¡Qué sensación tan dolorosa experimenté! Allá dentro estaba tendida esa malograda criatura, tan profundamente adorada por mí. ¿Cómo estarán sus facciones? La muerte las habrá demudado: en lugar de su mirada bella y ardiente, horrorizará la mirada del cadáver, inmóvil, sin brillo: en vez de la sonrisa tímida, habrá en sus labios el frío de la muerte.... Y allí, en ese balcón, es donde casi siempre la he visto en los mejores días de su juventud.... la he visto alegre ó triste, amante ó desdeñosa, á la luz de la mañana, con el crepúsculo dudoso de la tarde, al resplandor de la apacible luna.... ¡Cuán solitario permanecerá siempre ese balcón para mí!

Estos recuerdos, estas ideas, cruzaban débilmente por mi imaginación en esas horas de calamidad. En la tarde del segundo día de muerte, llevaron el cuerpo de María al lugar del eterno reposo. Por la noche brillaban las estrellas bajo un cielo sereno: alcé mis ojos inundados en llanto á preguntarles por su tumba, esa tumba que ellas tenían la facultad de ver, que alumbraban en este momento con sus trémulos rayos.

Luego experimenté algún desahogo repasando varios versículos entresacados del libro de Job.

---

XXXIV.

“¿Quién me dijera que yo fuese como en los meses antiguos, según los días en que Dios me guardaba!

“Cómo fué en los días de mi mocedad, cuando Dios en secreto moraba en mi tienda.

“Lloraba en otro tiempo sobre aquel que estaba afligido, y se compadecía mi alma del pobre.

“Esperaba bienes, y viniéronme males: aguardaba luz, y sobrevinieron tinieblas.

“Mis entrañas hirvieron sin reposo alguno: sorpendiéronme días de aflicción.

“Perdí las esperanzas, no viviré ya más: perdóname, que nada son mis días.

“¿Qué cosa es el hombre para que le agradezcas? O, ¿por qué pones en él tu corazón?

“Le visitas de madrugada y de repente le pruebas.

“Tus manos me hicieron y me formaron todo en contorno; ¿y tan de repente me despeñas?

“Apiadáos de mí, apiadáos de mí, si quiera, vosotros, mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

“¿Por qué no he muerto en la matriz, ó luego que salí del vientre no perecí?

“¿Por qué fui recibido en las rodillas?

¿Por qué me dieron de mamar los pechos?

“Pues ahora durmiendo estaría en silencio, y en mi sueño reposaría.

.....

“Allí los impíos cesaron del tumulto, y allí reposaron los de fuerzas cansadas.

“Y los que en otro tiempo juntos con grillete, están sin molestia: no oyeron la voz del sobrestante.

“El chico y el grande allí están, y el siervo libre de su señor.

“¿Por qué fué concedida luz al misera-

ble, y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?

“Que aguardan la muerte y no viene, como los que cavan en busca de un tesoro.

“Y se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro.

“Si me echo á dormir, digo: ¿cuándo me levantaré? Y de nuevo esperaré la tarde, y me hartaré de dolores hasta la noche.

“Reducido soy á la nada: arrebataste como viento mi deseo, y como nube pasó mi salud.

“Ya ahora, dentro de mí mismo, se marchita mi alma, y me poseen días de aflicción.

“Mi espíritu se va atenuando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro.

“Me llamarás, y yo te responderé: alargarás la derecha á la obra de tus manos.

.....

“Mis días pasaron, mis pensamientos se desvanecieron atormentando mi corazón!”

XXXV.

El convencimiento de la inutilidad de mi existencia me anonadaba. Quizá este golpe no hubiera sido tan terrible en los primeros días de la juventud, porque entonces aun no se forman planes para lo futuro: se vive con el día, y el corazón no está capaz de abrigar un amor demasiado profundo. ¡Pero ahora! todas mis esperanzas eran cortadas de raíz, toda mi felicidad deshecha: no podía ya considerar la vida sino como un doloroso legado. Nunca, sin embargo, me hallé tan íntimamente convencido de la inmortalidad del alma como en estos instantes: me parecía imposible, absurdo, que un sér tan bello, tan virtuoso como María, estuviera destinado á brillar unos días en la tierra para servir de pasto á los gusanos del sepulcro. Aquella noble inteligencia, aquella bondad, ¿habrán expirado como las notas de un instrumento en el festín de la vida, que no tornan á resonar? El amor, el puro amor que encanta por breves horas nuestro paso en la tierra, ¿es el emplazamiento mutuo de dos almas para gozar inefables delicias en otro lugar imperecedero, ó pertenece al número de las locuras humanas que terminan en el ataúd?

Si así lo hubiera creído, si hubiera faltado á mi corazón la esperanza, la convicción acerca de la inmortalidad, una misma losa nos hubiera cubierto á entrambos. Bendije al cielo porque no había permitido que la sociedad me arrebatara la fe inculcada por mis padres en mi alma, desde los días de la niñez; tendiendo después la vista por el vasto cementerio del mundo, hallé que también un corto espacio de tierra me estaba destinado para reposar; en seguida, creí ver á María, que con los ojos llorosos y la sonrisa de la inmortalidad en sus labios, me miraba fijamente, diciéndome: —“Consuélate y espera.”

XXXVI.

¡Qué emociones tan penosas experimenté cuando me fué preciso salir del aislamiento á que me había condenado en mi recámara durante muchos días, y volver á ocuparme de los negocios de la vida! Todos los objetos volvían á presentarse á mis ojos muy diferentes de como los había dejado: el prisma al través del cual veía al mundo, estaba roto; el sue-

ño desvanecido; mi dolor, la inutilidad, la monotonía de estos objetos, era lo verdadero.

Mis heridas se renovaron al ver á la criada de María que revelaba una pena sincera. Pero, sobre todo, me sorprendió: las angustias de unos cuantos días habían impreso en sus facciones la huella de muchos años más de existencia; al verme se echó á llorar, y yo maldije de nuevo mi suerte.

Nada era capaz de consolarme: ni los consejos de mi familia, ni el cariño de mis amigos. F.... me visitaba con frecuencia y pasábamos largos ratos en silencio. ¡También él la había amado!

Una tarde, á fines de Marzo, entré al templo de S..... He llevado la costumbre de concurrir allí todos los años en esta misma tarde, la del Viernes de Dolores. Pero, ¡qué situación tan diversa la mía en los anteriores años! Dominado por mis pasiones, ó helado por la indiferencia, mi pensamiento vagaba casi siempre fuera de estas paredes santas, perdiéndose en las frivolidades del mundo; y ahora, arrinconado en el coro, cada vibración del piano hacía asomar á mis ojos las lágrimas; cada cántico del sacerdote hacía á mi corazón remontarse á la única fuente verdadera de consuelo.

Había llovido esa tarde: los truenos cesaron, y el viento Norte arrastraba grupos de nubes que comenzaban á adornar el crepúsculo: estremecíanse con misterioso rumor las vidrieras de las altas ventanas del templo.

Allí me consideré solitario, desgraciado, frágil caña del mundo, ante el Dios que encadena las tempestades y puso límites al mar; y con la conciencia de su poder y de mi nulidad, le pregunté por qué me había arrebatado á María; por qué había secado en mi corazón aquel manantial de esperanza; por qué me había herido de muerte. Le dije como Job:

“Contra una hoja que es arrebatada del viento, haces alarde de tu poderío, y persigues á una paja seca.”

¡Ay! que el dolor cegaba entonces mi corazón. Dios tuvo misericordia de mí, porque con mano invisible me señaló sus altares, donde la ofrenda más valiosa á sus ojos son las lágrimas del que pide consuelo.

XXXVII.

¡Su tumba! ¡ver su tumba!... Este deseo que no me había atrevido á satisfacer por falta de valor para soportar tantas emociones dolorosas, volvió de nuevo á apoderarse de mí.

M.... se comprometió á acompañarme: una calle de árboles frondosos se adelantaba hacia el cementerio; por aquí había pasado la comitiva fúnebre para llevar á su postrer asilo á una joven de catorce años que formaba las delicias de los que la amaron; al llegar nosotros al recinto mortuario, hirió mis oídos el sonido de voces humanas: unas cuantas mujeres y varios niños vagaban leyendo con indiferencia los epitafios M.... y yo nos sentamos en el pretil de una obra de mampostería á medio construir; á poco los niños vinieron á preguntarnos si sabíamos cuál era el sepulcro de María. Esto me causó una impresión dolorosa. M.... les señaló el sepulcro: estuvieron algunos instantes examinándole, y después todos se alejaron; mi amigo y yo quedamos solos en el cementerio.

Cuando M.... señaló á los niños el sepulcro, no tuve ánimo suficiente para seguir con la vista la dirección de su mano: ahora él caminaba por delante, y yo

le seguía preocupado y silencioso; de repente, deteniéndose frente á una tumba casi aislada, sin inscripción ni cruz: "esta es" me dijo, y se apartó algunos pasos de mí.

No era éste el lecho nupcial que yo me prometía en las horas de mi esperanza. al escuchar la voz tierna y amante de la que duerme aquí, olvidada del mundo! ¡María! ¡Niña de mi corazón! ¿por qué te han arrebatado del seno de tu familia para depositarte en este lugar funesto? ¿No debes ser mía? ¿No tus miradas me prometían un amor eterno, una vida de inefable felicidad? ¿Por qué te has alejado, sumergiéndonos en honda desesperación? ¿No te queríamos tanto? ¿No escuchas mis sollozos, las quejas de tu madre, el llanto de tus hermanos?...

Hago un esfuerzo.... me arranco de aquel lugar conteniendo mi llanto; visto mi rostro de indiferencia, y entro de nuevo en el mundo, á arrastrar una existencia penosa.

XXXVIII.

“Enjuga ya tus lágrimas: fué un sueño,  
Dulce sueño de amor: ¡pasó cuán breve!  
Sacudido el letárgico beleño,  
Volver tu alma á la existencia debe.  
“Ella” doró tus juveniles días,  
Por “ella” el pecho á la esperanza abrias,  
“Ella” el afecto te inspiró más santo;  
Pero pasó cual fugitiva sombra....  
¿Por qué tu labio sin cesar la nombra,  
Cuando todo acabó? ¡Cese tu llanto!”

Derramar en mi ánima el consuelo  
Así la voz de la amistad quería:  
“Pasó,” me dice en cariñoso anhelo:  
Me lo dice mejor su tumba fría!  
Pasó cual por los valles el torrente;  
Astro, apagó su luz resplandeciente  
En la lóbrega noche del olvido.  
Mas, durante la vida transitoria,  
¿Cómo la apartará de su memoria  
El infeliz que tanto la ha querido?

Y se encontraba en la mañana bella  
De juventud. Como la flor se anima  
Sintiendo el rayo que derrama en ella  
Propicio el sol bajo templado clima,  
Presintiendo el poder de su hermosura.  
Dió animación á su mirada pura;  
A su acento prestó más melodía:

De inteligencia el sello soberano  
En su frente brilló: mas ¡qué temprano  
Anocheció de su existencia el día!

Yo la adoré. Como al volver de un sue-  
(ño

La claridad del cielo nos encanta,  
No pude ser de mi entusiasmo dueño,  
Contemplando ante mí belleza tanta.  
Ella mis votos rechazó tranquila:  
Después, como la nube que vacila  
Con encontrados viento: en la altura,  
Se inclinaba su amor á confesarme,  
Y sólo pudo, al sucumbir, dejarme  
En prendas de ese amor... ¡su sepultura!

En ella un ave de plumaje pardo  
Viene á posarse hendiendo la neblina,  
Y ensaya un canto doloroso y tardo  
Cuando la obscura noche se avecina.  
No lejos, una flor su aroma exhala,  
Y el ave, triste, al desplegar el ala  
Para seguir su interrumpido vuelo,  
A mi oído parece que murmura:  
“¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura  
Con el perfume, tu mirada al cielo?”

XXXIX.

Ultimamente, he debido á la amistad de la Sra. . . . . el poseer un librito de misa, tomado del costurero de María. También la fiel y antigua criada, cediendo á mis ruegos, me trajo un poco de cabello de su trenza. ¡Cuántas horas he pasado contemplando en silencio estos objetos que sólo debo á la compasión de los que se interesan por mí! Objetos que había podido obtener de la que pasó por la tierra como una ave extranjera, cuyo tránsito no es indicado para mí por una sola de sus plumas! ¡Cuántos besos les he prodigado,—desahogo de un amor sin esperanza, culto al cual destruyeron su altar y sus divinidades;—ósculos que jamás imprimí en su frente, que se reclinó en el ataúd casta y sin mancha como la azucena de los valles!

XL.

He vuelto después varias veces á visitar su sepulcro: la misma calma, la misma indiferencia reinan en derredor: cubrele el cielo con su pabellón azulado ó

nebuloso: le azota la lluvia ó gime en e. melancólica la brisa de la tarde. Allí he alzado al cielo mis oraciones por su eterno reposo; allí, meditando en los males de la tierra, á que demasiado presto fué arrebatada, en la gloria suprema que Dios le destinó en el tabernáculo santo, mi desesperación ha tenido que acallar su voz.

He querido volver al mundo, adormecer mis recuerdos entre la agitación de lo presente, y el mundo me ha rechazado, porque no tiene conexión con el que llora. Mis amigos ya no me hablan de tí, porque te olvidaron, ó porque temen despertar mi dolor; mis recuerdos se han reconcentrado en lo más profundo del alma, y he vuelto á mis sombrías meditaciones.

No concibo ahora cómo, antes de conocerla, de amarla, pude contar algunas horas de felicidad; cómo pudo halagarme esa quimera que llamamos gloria, y cuya adquisición anhelé después como un mérito para conseguir su amor.

He debido también á la bondad de una madre desdichada, el ver los últimos dibujos de María: algunos son al claro-oscuro; hay otros iluminados al pastel; en varios de ellos ví su nombre, escrito con lápiz, por su mano. Todos revelan la



aplicación, la feliz disposición de mi pobre María para el arte. Me parece imposible que yo vuelva á ejercitarme en él, porque son muy desgarradores los recuerdos que en mí despierta.

XLI.

Carta á.....

La simpatía que en mi dolor me manifiesta Ud., querido amigo, en su gran última, le mitiga en cuanto es dable. No había visto letra suya en muchos días; pero, mientras somos felices, hasta los amigos nos olvidamos: suena la hora de la prueba, y si ellos acuden á enjugar nuestras lágrimas, son dignos de tal nombre.

Me culpa Ud. porque, reinando entre nosotros una confianza ilimitada, no le había comunicado este amor secreto que ha tenido por desenlace un sepulcro.— ¡Ay, amigo mío! Ud. ha sido testigo de la ligereza con que antes he obrado en mis afectos, hijos más bien de la fantasía, que del corazón. Yo he tenido con respecto á ellos un desarrollo prematuro: me hallé joven en años y viejo para

el entusiasmo. Y, cuando creía desvanecida toda esperanza, mirando con ojos envidiosos hacia atrás, hacia los días de mi primera juventud, que no me era dado reproducir, la aparición, la conciencia del sentimiento verdadero que ahora se apoderaba de mi sér, me hizo egoísta. Formé de su existencia un misterio; le encerré en el fondo de mi corazón, temiendo que la luz le robara su encanto, como al tulipán le roba su aroma. ¿Y me pregunta Ud. quién era ella, que así me subyugó, inspirándome un amor que ya no volveré á sentir acá en la tierra?.... Ella era.... ¡no puedo nombrarla, porque se me despedazaría el corazón!

Imagínese Ud. cuanto pueda encerrarse de dulzura en la mujer: atractivos que no deslumbran, pero encadenan; pureza de azucena, alma angelical, melancólica, porque tenía quizá un presentimiento de su fin prematuro; imagínese cuanto pueda haber de bello, de santo, y forme Ud. una niña de catorce años adornada de todas estas dotes, y compare mi felicidad inefable de aver con el abismo sin fondo de mi actual desdicha.

Y si Ud. estuviera aquí, viendo continuamente á una madre que llora día y noche, llamando á su querida hija, preguntando por ella á cuantos ve, estoy se-

guro de que se conmoviera profundamente. Esta mujer, de una inteligencia tan alta, de una sensibilidad tan exquisita, no se conforma con que la muerte haya arrebatado de sus brazos al sér en quien se miraba fielmente reproducida. Repito á usted que el aspecto de su dolor le haría sollozar.

Añada Ud. ahora á mi aislamiento, á mi desesperación, el contraste más chocante, más doloroso. Figúrese que los días se suceden bajo un cielo el más sereno, con las brisas más perfumadas, con los más dulces cantos de los pájaros que comienzan á llegar, atraídos por el hábito primaveral. Sobre el fondo de este paisaje coloque Ud. los acontecimientos que me anonadan, y tendrá el dolor mezclado con la felicidad; la muerte al lado de la belleza y la juventud!

¡Quiera el cielo, querido amigo, coronar los votos que su cariño le dicta acerca de mi suerte! Convengo con Ud. en que lo único que pudiera dulcificarla, es el beleño que nos asemeja á los que bajaron á dormir en el sepulcro; beleño que no me es dado conseguir, y cuyo nombre es "el olvido!"

XLII.

Y al presente debo terminar estas líneas, debo despedirme de tí, malograda niña, que hace muchos días te alejaste, olvidando á tu desdichado amante. Al estampar estos recuerdos, he vuelto á soñar con la felicidad, bosquejando mis días dichosos; he llorado mucho, y mi corazón se ha desgarrado al describir tu muerte y mi situación actual.

Esto ha sido para mí un sacrificio, y al mismo tiempo un desahogo; estas páginas, si permanecen ocultas en mi cartera, me dirán si tengo la locura, después que pase mucho tiempo, de volver á soñar con otros amores, con otra felicidad,—que existe un sepulcro donde reposa la mujer á quien más amé, la que me hizo feliz unos instantes para dejarme en aislamiento eterno! Si algún día ven la luz pública, ¿cómo no ha de reconocer nuestra sociedad, bajo el sólo disfraz de un nombre diverso, á la que formaba su más preciado ornamento, á la que desapareció más presto que el fuego fátuo de los cielos? ¿Cómo no ha de verter una lágrima á su memoria, una lágrima de compasión á mi desdicha?

Me he detenido muchas veces, amada

mía, frente á tu asilo funerario, para reflexionar profundamente acerca del porvenir; me he preguntado si ahogaría mis antiguas aspiraciones para arrastrarme de un modo obscuro y material durante los días que me restan, puesto que ya no existe el móvil de mi ambición; ó si deberé abrirla todavía, á fin de conquistar una palma para tu sepulcro. Entonces he deplorado mi impotencia, y he creído que sólo tu recuerdo dulcísimo, espiritual, que desde hoy grabará un sello eterno de tristeza en cuantas quejas se exhale de mi corazón, podría conquistar aquella palma.

¿Pero tú muerta, reposando ahí, tan lejos del mundo; y yo en su bullicio y agitado aun por ideas terrenas? ;No! tu gloria tiene por pedestal el recuerdo de tu belleza, de tu bondad inefable: yo me ocuparé en llorarte, porque perdí contigo cuanto se puede perder en la tierra.

Un rayo de esperanza vuelve á iluminar mi alma en este momento. Dios, en cuyos brazos te refugiaste, no querrá separarnos eternamente; nuestro aislamiento es pasajero; un día su voz paterna me llamará al seno de la gran familia universal, donde te hallaré; la vestidura blanca y la corona virginal con que te depositaron en el ataúd, trocadas en el vesti-

do y la corona de la esposa. Entonces nuestra unión, nuestra dicha, serán eternas.

Pero, entretanto suena esa hora, duerme en paz, malograda niña; duerme en paz!